

LA ILUSTRACION PERIODICO UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM 5.—SABADO 2 DE FEBRERO DE 1850.
MADRID

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y Estranjero: Año 80.

HISTORIA DE LA SEMANA.



uy poco es lo que ha adelantado en el Congreso la discusion pendiente.

Sesiones y mas sesiones pasan sin que hayamos sacado de tanto como se ha hablado, otra cosa en limpio, sino

que en 1849 ha resultado un deficit considerable, no obstante que en los presupuestos apareciesen perfectamente nivelados los gastos con los ingresos.

Los debates sobre el proyecto de autorizacion, solo han servido para dar lugar á muchas alusiones, que han producido lances desagradables de que no queremos hablar, á algunas proposiciones, y no pocas digresiones inútiles: la tal discusion va siendo pesada y monótona en demasía.

El Senado terminó la discusion del proyecto de ley de reemplazos, que fué aprobado por 102 bolas blancas contra 6 negras.

Concluida esta votacion se leyó el dictamen de la comision encargada de examinar el proyecto de ley sobre caminos de hierro, el cual fué aprobado sin discusion; en votacion ordinaria, por 90 votos contra 24. Celebramos la aprobacion de este proyecto por el Senado. Dos observaciones nos ocurren al ver este resultado. En primer lugar, sentimos que leyes de tanta trascendencia, á las cuales las Cámaras de otros países consagran semanas enteras, pasen en la nuestra sin discusion; y en segundo, extrañamos que habiendo 24 seño-

res senadores que reprobaban el proyecto de ley, ninguno de ellos presentará las razones que tenia para negarle su voto. Es bien seguro que si se hubiese tratado de alguna cuestion política, no hubiera sucedido esto. En semejantes casos las discusiones suelen ser interminables en nuestro Parlamento, y casi siempre sobran oradores que espliquen las causas por qué opinan de una ú otra manera.

Segun dice un periódico de la tarde, algunos amigos del gabinete aseguran que si la disolucion se lleva á cabo, las nuevas Cortes se reunirán á los pocos dias del alumbramiento de S. M., que si no hay sucesos que lo contrarian, debe verificarse en los primeros dias de julio; y que estando rectificándose hoy las listas electorales, operacion que dura hasta abril, las elecciones no pueden verificarse sino despues de esta época.

Ademas de los dos hijos de S. M. la reina Cristina, que ya visten el uniforme del ejército, el uno en el arma de infanteria y el otro en la marina, ha sido agraciado con el empleo de capitán de caballeria, el conde de Casa-Muñoz, y emprenderá, segun parece, los estudios en artilleria, el que queda en disposicion de abrazar la carrera de las armas. El artillero, como el marino, empezarán á servir en la clase primera de la escala, cursando la enseñanza en la escuela especial de Segovia.

Por cartas de Manila del 25 de noviembre se sabe que en aquella fecha estaban preparándose los deportados que aun quedaban allí para regresar á Europa. Debían embarcarse el 15 de enero; de forma que si no espermentaban contratiempo en la navegacion, para mayo podrán encontrarse en el seno de sus familias.

Lo único digno de mencion que ha aparecido en *La Gaceta*, es una real orden estableciendo varias disposiciones para que cesen los abusos que se cometen en la venta de libros de testo; otra disponiendo que no tenga efecto en provincias la admision de los billetes de Banco, en pago de derechos de aduanas, mientras el Banco no establezca las cajas subalternas; otra marcando varias disposiciones respecto á los ingresos del Tesoro en calderilla, y una instruccion del Ministerio de Comercio para los Gobernadores civiles de las provincias.

FRANCIA. Aparte las sesiones de la Asamblea nada notable ocurre en París. Los partidos apenas dan señales de vida, concentrada toda su atencion en los preparativos para las próximas elecciones. Las que últimamente se han verificado en Nimes y que han sido favorables al partido socialista hacen augurar muy mal de las que deben verificarse para reemplazar á los treinta y tantos diputados condenados por el tribunal de Versalles. En todas partes el partido monárquico se ha dividido siguiendo unos la bandera de la raza de Borbon, y otros la de la de Orleans. En tal situacion el triunfo de los socialistas es casi seguro, á menos que ambas fracciones no se convenzan del peligro que corren á causa de su desunion. Esto se comprende perfectamente en París donde los gefes dan el ejemplo, pero en los departamentos no se conocen los lazos de la disciplina.

La Asamblea francesa se ha ocupado del proyecto de ley de enseñanza.

Las sesiones han sido animadísimas, tomando parte en los debates los oradores de mas nombradía. Despues del obispo de Langres y de M. de Montalembert han tomado la palabra M. Crémieux y M. Thiers. La posicion de este personaje era sumamente comprometida. Defensor acérrimo de la universidad y enemigo declarado de las congregaciones religiosas, tenia que abjurar de sus doctrinas de otros tiempos y condenar todo lo que dijo en la célebre discusion promovida en 1846 contra los jesuitas, en la que luchó á brazo partido contra M. Guizot. Era un espectáculo verdaderamente singular: M. Thiers católico atacaba con vehemencia á las congregaciones religiosas, á quienes M. Guizot, calvinista, defendia con teson. Venció M. Thiers, y de sus resultados fué á Roma el conde Rossi á solicitar del Papa y del P. Roothan, general de la compañía, órden para que se cerrasen las casas y colegios que los jesuitas tenían establecidos en Francia.

La revolucion de febrero ha modificado profundamente las opiniones: el M. Thiers de antaño, el encarnizado adversario de los jesuitas, se ha convertido en uno de sus mas ardientes defensores; el que tantas lanzas rompía con M. de Montalembert, es ahora su amigo y aliado. M. Thiers defendió el proyecto de ley con razones ingeniosas.

La cuestion dará todavía lugar á debates acalorados, y si bien su éxito no es dudoso, la mayoría está toda en favor del proyecto de ley porque el partido católico se ha fraccionado. Una parte sigue á Mr. de Montalembert, y la otra persistiendo en sus antiguas opiniones quiere la verdadera libertad ó nada. Monseñor Parisis, obispo de Langres, ha tomado tambien una parte activa en la cuestion.

En la sesion del 19 decidió la Asamblea por 455 votos contra 187 pasar á la segunda deliberacion sobre el proyecto. Este asunto es naturalmente el que sirve de alimento á la polémica de los periódicos. Monseñor Parisis, obispo de Langres y Mr. de Montalembert declaran terminantemente que el proyecto de ley es detestable; que no se evitarán con él los grandes males de que se halla amenazada la sociedad; pero que habiendo acudido el gobierno al clero, pidiéndole su cooperacion ha creído que no debía negarse á este sacrificio.

El 21 comenzó la discusion de un proyecto de ley presentado por el gobierno, con objeto de trasladar á la colonia de Argel los insurrectos de junio que aun se encuentran presos en varias ciudadelas y pontones. M. Lagrange y M. Favre, hablaron estensamente en favor de ellos, pidiendo que se les permitiese regresar al seno de sus familias, puesto que no eran mas que miserables instrumentos pervertidos y arrastrados por los autores de la anarquía á quienes la justicia habia dejado escapar.

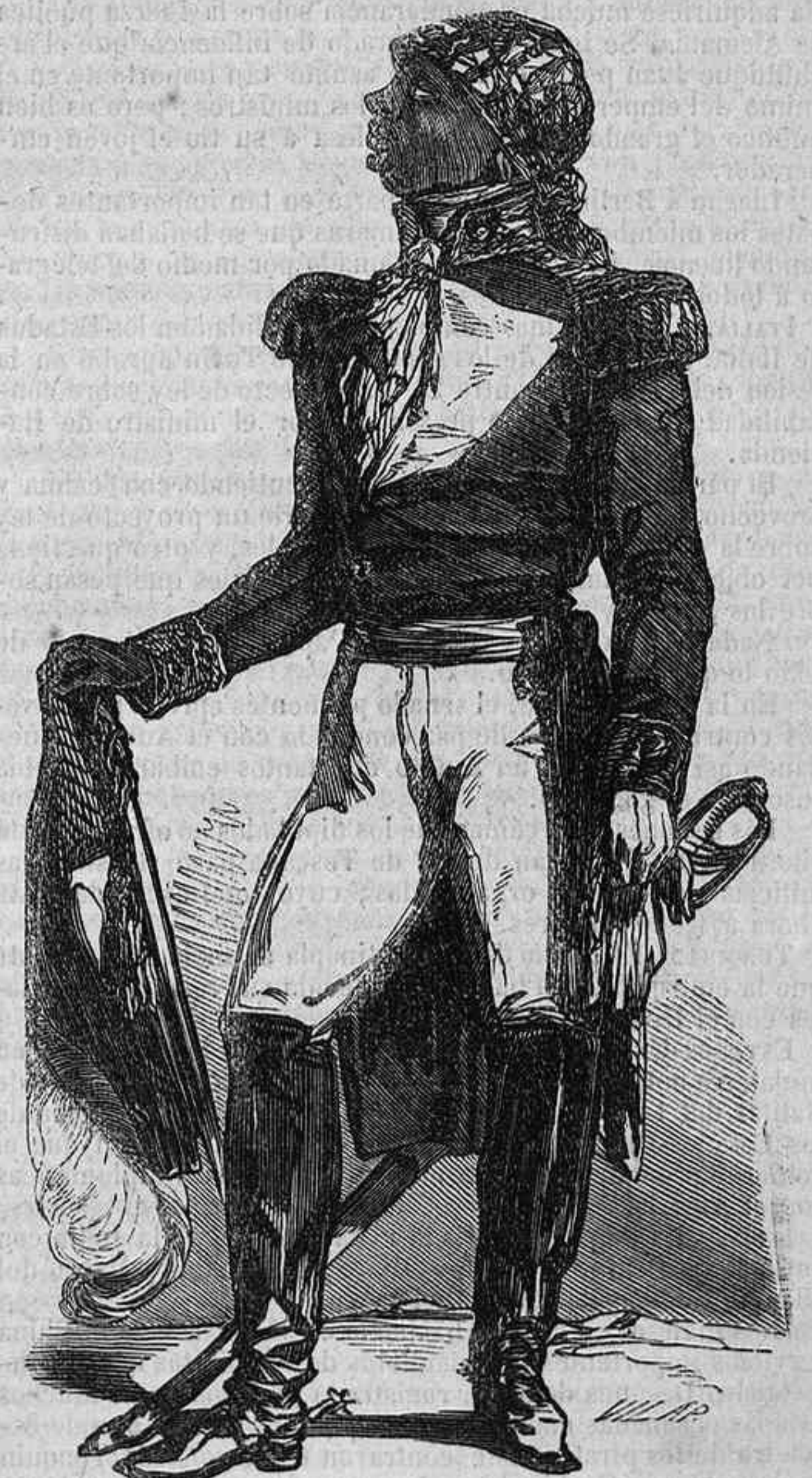
Se trata de formar con los encerrados una pequeña colonia, donde permanecerán por espacio de diez años sujetos al régimen militar. A los que observen buena conducta se les cederán gratis, al cabo de cierto tiempo, tierras en propiedad. El proyecto ha sido combatido por la montaña, y en particular por M. J. Favre. Despues de haber desechado la Asamblea una larga serie de enmiendas, adoptó por 310 votos contra 153, el artículo 1.º del proyecto de ley.

Los debates han sido bastante borrascosos: entre M. de Coeslin y Testelin mediaron algunas palabras duras, de que resultó un desafío al sable, quedando ambos adversarios heridos. M. Testelin en el pecho, y M. de Coeslin en la cabeza. Parece que las heridas no son de mucha gravedad.

INGLATERRA. El 16 se reunieron las dos cámaras del Parlamento inglés con objeto de llenar la ceremonia de la prorogacion. El 31 se reunirán de nuevo y comenzará de hecho



S. M. Adelina . emperatriz de Haiti.



El teniente general L. Dufresne, duque de Tiburon, ministro de guerra y marina.

la legislatura. M. C. Williers es el encargado de presentar la mocion para la respuesta del mensaje, y será apoyado por Sir James Duke. La designacion de estos dos personajes, que han figurado siempre en primera línea entre los partidarios de la libertad comercial, indica que el gabinete está resuelto á mantener en toda su fuerza y vigor las leyes sobre cereales, no obstante el empeño en contrario del partido tory, y la agitacion cada dia mas intensa y bulliciosa de los proteccionistas. En todos los distritos agrícolas se celebran numerosos *meetings* en que se discute con el mayor calor, siendo generalmente el resultado de las deliberaciones que se pida la disolucion del parlamento actual. Es probable que la próxima legislatura sea muy interesante é instructiva por las materias económicas de que habrán de ocuparse ambas cámaras.

ALEMANIA. La *Gaceta* de Viena publica las constituciones provinciales para los ducados de la alta y baja Silesia austriaca. Como las anteriormente publicadas, han llamado poco la atencion.

En la Wojvodía de Servia continúa reinando una gran agitacion, habiendo sido preciso enviar allí tropas. En Temeswar tambien reina grande agitacion. En la mayor parte de Alemania los electores se muestran muy frios para votar los candidatos al Parlamento de Erfurth. En Lubeck, por ejemplo, de 5000 electores inscritos solo han votado 21. En casi todos los distritos se abstiene de votar el partido democrático.

Todas las noticias de Berlin nos presentan con los mas negros coloridos la situacion política actual. El rey se niega hasta á oír hablar de proposiciones de conciliacion. Todos los hombres públicos se pierden en conjeturas respecto al porvenir.

Se asegura que el Austria, Baviera, Hannover, Sajonia y Wurtemberg, se han puesto de acuerdo respecto á la nueva Constitución que debe regir en Alemania, á lo que ha prestado tambien su asentimiento la Prusia.

Segun las últimas noticias de Berlin, no parece que están todavía transigidas las diferencias que existen entre la corona y el Parlamento. El partido liberal se manifiesta muy alarmado de las tendencias que manifiesta el gobierno en favor de la alianza rusa. Se cree que están muy adelantadas las negociaciones entre la Rusia, la Prusia y el Austria con objeto de entenderse sobre la cuestion alemana y demas que pueden interesar á la paz de Europa.

La enmienda presentada por M. Camphausen al artículo de la nueva Constitución de Prusia, concierne á la formacion de la alta Cámara, y su proposicion sobre los presupuestos, es probable que sean aceptadas por los ministros y por las comisiones. Se teme, sin embargo, que despues de haberse convenido por todos en las bases de tan importantes artículos, se suscite por el rey algun nuevo incidente que haga imposible todo acuerdo en esta como en otras muchas cuestiones, entre la Corona y las Cámaras.

A pesar de las continuas crisis del ministerio prusiano, el consejo administrativo sigue ocupándose con la mayor asiduidad de los trabajos preparatorios para la reunion del Parlamento. No se han designado aun los candidatos; pero el partido que quiere sea aceptada en todas sus partes la Constitución de los tres soberanos, tiene mas probabilidades de triunfo.

La comision central se ha declarado competente en el conflicto suscitado con el ducado de Mecklemburgo. Ha invitado al gobierno del gran duque de Schwerin para que dentro de un plazo dado, presente sus observaciones, y no plantee otras disposiciones orgánicas hasta que queden definitivamente orilladas las diferencias que han surgido.

Parece que el archiduque Juan ha tenido varias entrevistas con el emperador de Austria, en las que se han ocupado detenidamente de las actuales cuestiones alemanas, y aquel le ha hecho ver lo perjudicial que seria al Austria que la Prusia adquiriese mucha preponderancia sobre la fuerza pública de Alemania. Se ignora aun el grado de influencia que el archiduque Juan podrá ejercer en asunto tan importante en el ánimo del emperador y en el de los ministros; pero es bien público el grande respeto que profesa á su tío el joven emperador.

Llegan á Berlin para tomar parte en tan importantes debates los miembros de ambas Cámaras que se hallaban disfrutando licencia. El gobierno ha llamado por medio del telégrafo á todos los ministeriales.

ITALIA. Reina la mas completa tranquilidad en los Estados de Italia. La Cámara de los diputados de Turin aprobó en la sesion del 11 por 71 contra 21 un proyecto de ley sobre contabilidad que habia sido presentado por el ministro de Hacienda.

El parlamento italiano continúa discutiendo con calma y provecho. El gobierno acaba de someterle un proyecto de ley sobre la division de los distritos electorales, y otro que tiene por objeto suprimir los derechos diferenciales que pesan sobre los granos y varios otros artículos.

Nada hay aun de la vuelta del Papa á Roma, á pesar de todo lo que se ha dicho.

En la sesion del 18, el senado piemontés aprobó por 50 votos contra 5 el tratado de paz concluido con el Austria, quedando así terminado un asunto que tantos embarazos habia suscitado al gobierno.

Las sesiones de la cámara de los diputados no ofrecen hasta ahora interés. El gran duque de Toscana pasó revista á las milicias nuevamente organizadas, cuyo total asciende hasta ahora á 4,000 hombres.

TURQUIA. El *Diario* de Constantinopla anuncia oficialmente que la embajada rusa habia restablecido sus relaciones oficiales con el Divan.

ESTADOS-UNIDOS. Por el vapor *Canada* se han recibido en Inglaterra noticias de Nueva York del 8, de Boston del 9 y de Halifax del 11. Nada nuevo ocurría en política. El senado de los Estados-Unidos se ocupaba en discutir un bill en que el gobierno propone la suspension de las relaciones diplomáticas con el Austria.

INDIA. Ha llegado á París la mala mensual de la India con noticias de Pekin del 13 de octubre, de Canton y Macao del 29 y de Bombay del 17 de diciembre.

Los ingleses continúan haciendo en los mares de la China servicios importantes, limpiándolos de los piratas que los infestaban. Despues de haber registrado por espacio de muchos dias las ensenadas mas recónditas para dar con la grande escuadra de los piratas, la e. contraron en el golfo de Tonquin en la costa de Cochinchina. La escuadra se compone de 67

juncos armados de 1,200 cañones, y tripulados por 3,500 hombres. Los ingleses tenían dos barcos de vapor pequeños y un bergantín. En dos dias de caza han conseguido incendiar y echar á pique 61 juncos, pereciendo en ellos 1,700 piratas. Otros mil fueron muertos en las costas por los cochinchinos, á quienes habian causado muchos destrozos: los ingleses no recibieron mas daño que una ligera herida en la persona de un oficial. Era muy grande la alegría que este importante suceso habia causado en los navegantes.

La cuestion promovida entre el Senado de Macao y el virey de Canton, con motivo del asesinato del gobernador Amaral seguía en tal estado, mediando entre ambas partes una correspondencia ágría. Los portugueses conservaban los presos, y los chinos no querían enviar la cabeza y el brazo del infortunado gobernador. El ministro plenipotenciario español don Sinibaldo de Mas, habia tomado cartas en el asunto como mediador, y con este objeto habia pasado á Canton en un buque de vapor. Nada se sabia acerca del resultado de su mision.

La India continuaba gozando de la mas completa paz. Se habian disipado los rumores que corrieron acerca de la dimision de sir C. Napier del cargo de general en jefe del ejército anglo-indio. En cambio se confirmaba la noticia de que el gobernador general Lord Dalhousie regresaría en breve á Europa por efecto de su mal estado de salud.

HAITI. En el número 41 de la ILUSTRACION, correspondiente al 8 de diciembre próximo, estampamos las donosas figuras del emperador de Haití y de cuatro de los principales personajes que con él han transformado en imperio aquella república. Hoy volvemos á ofrecer á la contemplacion de nuestros lectores los retratos de las estrellas refulgentes que en el nuevo firmamento imperial acompañan al ástro Faustino I.

REVISTA DE TEATROS.

TEATRO ESPAÑOL. No vamos á hacer una crítica severa de la última produccion del señor Rubí; no tenemos tampoco la pretension de poder encargarnos del papel de críticos, y por lo tanto nuestros trabajos están reducidos á una ligera reseña del movimiento teatral, emitiendo nuestro juicio sobre las obras representadas y ciñéndonos siempre á los estrechos límites de nuestra revista.

El señor Rubí nos ha presentado la figura colosal de *Isabel la católica*, abrazando diez y ocho años de su reinado y esponiendo al mismo tiempo todos aquellos acontecimientos que contribuyeron á darla tan justo renombre.

Doña Isabel tomó las riendas del gobierno en circunstancias muy graves: dividido el reino, encerrada la nobleza en sus castillos y disputando á la corona las tierras que habian usurpado; amenazada Castilla por las armas del rey de Portugal y el tesoro completamente exhausto. A pesar de circunstancias tan difíciles, doña Isabel demostró un valor y una constancia admirables, destruyendo primeramente el poder aristocrático que eclipsaba al de la corona; declarando nulas todas las concesiones hechas en la última mitad del reinado de Enrique IV., puesto que todas ellas habian sido arrancadas por el temor y en medio del desorden en que se hallaba el reino; dictando leyes y emprendiendo una guerra contra los moros á costa de grandes desvelos y sacrificios.

La rendicion de Granada y el descubrimiento del nuevo mundo por Cristobal Colon, son los dos acontecimientos mas notables de su reinado, y de ellos se ha servido el señor Rubí para dar á su obra un gran interés; colocando primeramente á la reina, rodeada de sus soldados, despreciando los peligros de la guerra y entrando triunfante en Granada, y dando audiencia á Cristobal Colon, entregándole todas sus joyas y ofreciéndole asi recursos para su expedicion.

La reina aparece en el drama tal como nos la presenta la historia: muger de un carácter firme, de habilidad, política, y sobre todo, noble y virtuosa. El autor que ha querido presentar los acontecimientos mas notables de su reinado, ha tenido especial cuidado en no hacer mención de otro no menos notable pero fatal para España. El establecimiento del tribunal de la Inquisicion, en el reinado de *Isabel la católica*, fué un acontecimiento tristemente célebre. El señor Rubí ha procurado no recordarlo, porque indudablemente hubiera perjudicado al brillo del personaje que aparece como protagonista.

El carácter del rey es el menos interesante: el autor le ha presentado solamente en dos ó tres escenas y de una manera poco favorable: en esto ha sido algo injusto. Creemos que exageran los que dicen que don Fernando era un príncipe de cualidades muy eminentes; pero tampoco estamos conformes con que aparezca rebajado hasta el extremo que lo presenta el señor Rubí.

En nuestro juicio don Fernando era un hombre muy inferior á la reina, y que como esposo participaba de la gloria y el prestigio que ella sola supo conquistar.

El autor ha querido dar al carácter de Gonzalo de Córdoba mas interés que el que le da tambien la historia, haciéndole participe de la gloria que alcanzó doña Isabel con la proteccion ofrecida á Colon, puesto que por su mediacion consigue este una audiencia de la reina, y á su recomendacion debió él ser oido; pero la figura mas interesante despues de la de *Doña Isabel la católica*, es la de Cristobal Colon de quien todos se burlan, teniéndole por visionario y por loco. Sin embargo, insiste en su proyecto, y cuenta á Gonzalo que sus planes habian sido desechado por una reunion de sabios y de teólogos. Gonzalo procura consolarle, y Colon se lamenta de su suerte en los siguientes versos llenos de sentimiento y amargura.

Gonzalo. Pero... ¿fué ya examinado
Por nuestros sabios doctores?

Colon. Eso mismo ha sucedido:
Si, con ellos hablé yo
Y mi vasto plan quedó
A su opinion sometido.

Gonzalo. Y ¿resulta?
Colon. Que jamás
Su opinion será la mia:
Que saben de teología
Pero que no saben mas.

Que con argucias pretendan
Probar que mi plan insulta
Hasta los cielos:—resulta
Que les hablo y no me entienden.
Resulta... que saben poco,
Y que entre bulla y desprecios,
Por no declararse necios
Me declaran á mí loco.

El drama concluye con la llegada de Cristobal Colon á Barcelona. La reina encarga que sea presentado ante el trono por el mejor caballero de la corte, y este honor recae en Gonzalo de Córdoba.

Colon ofrece á los pies de la reina las riquezas, fruto de su expedicion: y hace una brillante descripcion, de su viaje de la cual copiamos algunas octavas.

Oid... oid... los que la rara historia
saber quereis de la primer jornada,
que para honor del castellano, y gloria
de su reina inmortal dejó acabada:
mis discursos harán desde hoy notoria
la prez de la sin par tierra ignorada...
discursos que hallais de gala agenos...
Verdad os juro que tendrán al menos.

En el nombre de Dios y confiado
en su amparo y ayuda soberana,
asaltamos serenos los costados
de la *Pinta*, la *Niña* y *Capitana*.
La Niña... ¡gran bajel! Purificados
con devota oracion y fé cristiana,
de *Palos* á la vez cargando velas
salieron á la mar mis carabelas.

Una noche... que en pie sobre el castillo
del alta popa con afan velaba,
al lejano horizonte hiriome el brillo
de una luz que á una estrella asemejaba:
fijé en ella mis ojos... y ¡me humillo
ante Dios!... era luz... luz que vagaba...
y... ¡tierra! gritó al punto la voz mia...
y... ¡tierra vieron al romper el dia!

¡Estaba allí la tierra... y habitada!
cubierta de verdor... resplandeciente
con sus galas de virgen, alumbrada
por el sol de los trópicos ardiente.
¡Oh, de Castilla, reina venerada!
allí vuestro pendon flotó al ambiente
del indiano archipiélago profundo,
y allí la cruz del Redentor del mundo
Elevamos tambien! Reina y Señora
de una tierra sois ya cuyas montañas,
que el can abrasador altivo dora,
ocultan plata y oro en sus entrañas:
aves pintadas hay de voz canora,
y allí teneis y tienen las Españas
á la orilla del mar para cogerlas
en rocas de coral bancos de perlas.

El drama tiene situaciones y escenas de un gran efecto que fueron muy aplaudidas: la versificacion es fluida y armoniosa.

La ejecucion fué muy igual: Matilde estuvo como siempre. Los señores Romea y Calvo desempeñaron perfectamente los dos papeles de Gonzalo y Colon. El señor Calvo á pesar de su grave enfermedad, se hizo aplaudir repetidas veces.

El autor fué llamado al final del cuadro 3.º y á la conclusion.

El drama se ha puesto en escena con el mayor lujo. *El Teatro de la Comedia* ha presentado como única novedad, en esta semana una piececita en un acto, original y en verso de Don Emilio Bravo, titulada *Una noche de enredos*, su argumento es sencillo: está regularmente versificada y el público la recibió bien. Su ejecucion fué mediana, aunque nos vemos en la precision de dirigir algunas observaciones á la señora Montero. Esta actriz que tiene muy buenas dotes, sale siempre confiada en el apuntador; de aquí resulta que se equivoca con facilidad, y por muy tolerante que sea el público, en vista de descuidos tan repetidos, es posible que se canse y manifieste su disgusto de un modo poco lisonjero. Esperamos que la señora Montero se corregirá y apreciará nuestras observaciones, hijas de la mejor voluntad.

En el teatro del Drama tendrá lugar el lunes el beneficio de la *Nena*; ejecutándose uno nuevo del señor Nuñez de Prado titulado, *Un baile en la Alhambra*.

El señor Salas pasará á organizar compañía de ópera cómica con el señor Catalina, cuando se traslade de Variedades á los Basílios la seccion de verso. Parece que antes de concederse la autorizacion para la traslacion, se ha impuesto á la empresa la obligacion de que se contrate al señor Salas.

Pronto sabremos que hay de cierto y si es posible que ambas compañías marchen unidas.

M.

REVISTA DE MADRID.

El arte dramático ha sufrido una terrible, una irreparable pérdida;—el viernes 25 de enero á las siete de la mañana falleció la célebre característica doña Gerónima Llorente, en toda la fuerza, en todo el vigor de su talento cómico, aunque á la edad de sesenta años próximamente.—El público entero de Madrid la profesaba el mas vivo aprecio; los que la conocian cual nosotros, amaban á la muger tanto como admiraban á la actriz distinguida é inimitable. Dotada de un genio sencillo, afable, dócil, no solo aceptaba con gratitud las indicaciones que le dirigia cualquiera, sino que era del corto número de artistas que las solicitan y demandan: sin embargo, rara vez se veía un autor en la necesidad de explicarle la índole del papel que le repartía; su grande inteligencia, su

buen voluntad, su celo, escusaban generalmente este trabajo.—¡Cuántas y cuán diversas han sido sus creaciones en los largos años de su carrera artística! ¡Qué gracia, qué conciencia, y sobre todo, qué naturalidad ostentaba en los más opuestos caracteres!—Desde la matrona grave, mesurada y razonable, hasta la vieja verde, desventurada y coqueta; desde la madre gruñona, pesada y parlanchina, hasta la solterona sentimental y novelesca, ella recorrió con igual fortuna esa serie inmensa de tipos que ofrece la sociedad actual. Ora representaba la dama aristocrática y altanera, con toda la impertinencia y toda la fatuidad imaginables; ora se convertía en la muger del pueblo, franca, viva, indiscreta, locuaz; ora prestaba á su fisonomía la austera expresión de la beata, de la gazmoña; ora por último, se transformaba en decrepita abuela, dulce, indulgente, bonachona.

Al abrazar de nuevo en 1834 la profesión que antes había seguido, aunque en distinto género, la Llorente recogió la doble herencia que le legaban la Virg y la Velasco, características ambas de gran mérito, según cuenta la fama; pero ella supo hacer olvidar los recuerdos de sus antecesoras; ella consiguió muy pronto remontarse á mayor altura, y en fin conquistar un puesto glorioso en primera línea. ¡Ojalá, aunque lo consideremos difícil,—suceda lo propio con la que la reemplace; y ojalá en breve, para bien del arte, venga alguna, no á eclipsar á la que hoy lloramos, porque eso es acaso imposible, sino á consolarnos de tan dolorosa pérdida!—La Sampelayo, la Córdoba, la Baus, y la Bardan, son en el día las actrices de la misma cuerda que gozan de mayor reputación, y de las cuatro consideramos á la primera la más apta y autorizada para llenar hasta cierto punto el hueco que deja la Llorente en el teatro Español.

Asunto para una de las comedias de costumbres, que aquella ejecutaba tan admirablemente, podría ser sin duda una curiosa historia de celos y venganza, á que ha servido de instrumento en su parte de anuncios el pacífico é inofensivo *Diario de Avisos de Madrid*.—Sin mas omisión que la del nombre de la persona chasqueada, vamos á copiar aquí el anuncio que dicho periódico insertaba en su número del sábado 26 de enero último. Decía así:

AVISO INTERESANTE.

«Doña educada en uno de los principales colegios de París, conocedora de la excelente educación que en aquel país se da á las señoritas, y deseosa de estender sus conocimientos al público de esta corte, ha determinado abrir un colegio en su magnífica casa, calle de Preciados, núm. 57, cuarto principal de la izquierda; enseña todo lo que debe saber una señorita bien educada; además ella misma enseña á bailar el Prusí, desconocido en esta corte, y sus muchos conocimientos con las principales familias de la grandeza, hacen que sus educandas encuentren excelentes proporciones cuando se hallen en la edad de ser útiles á sus esposos y á su patria, consiguiéndolo todo por la esmerada educación que en el espresado colegio recibirán las que quieran honrarlo. Las personas que deseen visitar el establecimiento, encontrarán todo lo que pueden desear: los prospectos impresos se dan gratis en el mismo establecimiento.»

He aquí, ahora, según nos las han referido, las cómicas escenas á que dió margen este *doloso* aviso.—Hallábase muy tranquila en su casa la respetable señora víctima de tan reprehensible jargarreta, cuando despues de un tremendo campanillazo vinieron á anunciarle que un caballero desconocido solicitaba hablarla de un asunto importante.

—Señora, dijo aquel en cuanto fué introducido, aunque la autoridad debería imponer á vd. una multa por haber abierto su establecimiento sin solicitar antes la indispensable licencia, en consideración al sexo á que vd. pertenece, y atribuyéndolo meramente á ignorancia, no se le exigirá á vd. sino que satisfaga en el acto la contribución que la ley marca.

Y diciendo así, el comisionado de la hacienda publica le puso delante un recibo en debida forma.

La señora de X... se quedó muda, estática, de sorpresa, restregándose los ojos cuanto pudo para ver si dormía.

—Creo que no hará vd. preciso el apremio;—repuso su interlocutor algo alarmado con silencio tan prolongado.

—Pero, señor mio, tartamudeó al fin, si yo no entiendo una palabra de lo que vd. me habla!

—¿No se llama vd. doña Fulana de tal?

—Así es.

—¿No estamos en la calle de Preciados, y en la casa número 57?

—Justamente.

—Y ¿no ha abierto vd. en ella un colegio de señoritas?

La señora de X... volvió á creer que soñaba, y tornó de nuevo á refregarse los ojos.

—¿No lo ha anunciado vd. en el *Diario* de este día?

La indignación devolvió á la interesada el uso de la palabra.

—Caballero, dijo con dignidad, si vd. quiere burlarse de una dama, ó si trae acaso otro fin oculto, le prevengo que no estoy sola, y que si no se retira, mandaré arrojarle por la escalera.

Entonces fué el recaudador de contribuciones el que tomó el cielo con las manos.

—¡Cómo! exclamó. ¿Así paga vd. las atenciones que se le dispensan? ¿Así corresponde vd. á la cortesía con que se la trata?

—Usted pretende darme una broma de carnaval! añadió la señora de X..., suavizando su tono en vista de la cólera del funcionario público.

—Usted pretende eludir el cumplimiento de la ley! repuso el uno levantando la voz á medida que la otra la bajaba.

—Espíquemonos, dijo ella.

—No hay explicación que valga, contestó él. ¿Tiene vd. ó no tiene en su casa colegio de señoritas?

—No señor.

—Entonces ¿por qué ha hecho vd. insertar este anuncio en el *Diario*?

Y al mismo tiempo le ponía delante el que hemos trasladado antes.

La señora de X... lo leyó lanzando interjecciones de ira, de sorpresa, de admiración; y cuando hubo acabado la lectura, exclamó:

—Señor mio, pido á vd. mil perdones; vd. estaba en su derecho viniendo á reclamarme esa cantidad, si fuese cierto lo que ahí se dice; pero como no lo sea... como esa es una infamia, una calumnia, acaso una venganza...

—¿De veras? respondió el funcionario atónito á su vez.

—Como vd. lo oye: yo no soy ni he sido nunca maestra de niñas, y si vd. quiere persuadirse de ello, le ruego que recorra conmigo toda la casa, y que se informe de la vecindad.

Entonces fué el recaudador quien se deshizo en excusas, pidiendo que se le dispensara el mal rato que, á pesar suyo, había dado á una persona tan recomendable.

Media hora despues, y cuando la señora de X... se devanaba los sesos para adivinar cual podría ser el autor de tan pesado chasco, vinieron á decirle que una anciana la esperaba en su gabinete, solicitando un momento de audiencia.

—Amiga mia, dijo la desconocida en cuanto la vió, aunque no tengo el honor de tratar á vd., he creído que entre compañeras...

—¡Ah! interrumpió la de X..., y ¿de qué somos compañeras?

—De profesión, amiga mia, de profesión. Así, vengo á suplicar á vd. me manifieste qué secreto es ese que posee para que sus educandas encuentren excelentes proporciones para casarse; pues si es cierto, y vd. se reserva el monopolio, nos va á arruinar á todas las demas. Si, si, vaya vd. á competir con quien ofrece una buena educación, y además un buen marido.

—Señora, dijo la de X... medio enfadada y medio risueña, vd. como yo es víctima de un engaño.

—¡Ah! ¿con qué es un engaño? Ya suponía yo que sería charlatanería pura!

—No me ha comprendido vd.: quiero decir que el anuncio es una farsa.

—Como casi todos los anuncios. Pero hace vd. perfectamente en adoptar ese medio, que en nuestro siglo produce excelentes resultados. Si yo hubiese recurrido á él, mas medrada estaría; pero como soy del antiguo régimen... como no me he educado en París... como soy castellana rancia... como soy de las que llaman al pan, pan, y al vino, vino...

—En nombre del Cielo, señora, calle vd., porque parte de un supuesto falso; yo ni soy maestra, ni tengo colegio, ni conozco ningun específico para casar á nadie, ni...

—¿Qué dice vd.? exclamó la supuesta profesora indignada; y en ese caso por qué anuncia vd. hoy...?

—Yo no anuncio nada, dijo la de X..., cuya paciencia se iba agotando; ese aviso es una burla que me han hecho; quiere vd. saber mas?

Apenas había terminado así este incidente, cuando ocurrieron otros; un maestro de coreografía vino á que le enseñasen á bailar el Prusí, con objeto de propagarlo entre la juventud bailarina; dos ó tres padres llegaron á la puerta solicitando hablar á la directora, con objeto de darle la educación de sus hijas; veinte ó treinta personas acudieron pidiendo los prospectos que se daban gratis; un profesor de francés y una pianista se apresuraron á ofrecer sus conocimientos; y por último, hasta una madre de tres hijas de cinco á seis lustros de edad, espuso la extraña pretension de que se las educaran de nuevo, á ver si hallaban lo que no habían hallado hasta entonces; esto es, tres maridos que necesitaban.

Facil es de comprender la desesperación de la digna familia, blanco de tamañas persecuciones: pasados los primeros momentos de congoja, envióse un criado á la redacción del *Diario de Avisos*, á fin de descubrir por la letra del anuncio quién era su pérfido autor; esta medida dió el resultado apetecido; aunque disfrazada aquella, todos reconocieron ser la de un amante no preferido por la señorita de X..., el cual se vengaba así de una repulsa reciente. Entonces, acordóse publicar en el propio periódico un contra-anuncio, que tambien copiamos á continuación, y que es un verdadero botafuego:

«Contestación al aviso titulado dolosamente interesante, estampado en el *Diario* del sábado 26 del corriente mes de enero, relativo á un supuesto colegio para educar señoritas, se manifiesta en él como parto de unas cabezas sumamente volcánicas, llenas de imaginaciones sin pudor ni decoro, y de ideas raquílicas, rateras y hasta en extremo groseras, que en la calle de Preciados, y casa núm. 57, se ha establecido un colegio para educar señoritas, siendo así en pureza y verdad que en dicha casa jamás ha habido ni hay tal colegio. Y si bien por la parte de la persona á la que alude el aviso, lo desprecia y compecede altamente; por lo respectivo al engaño que con tanto desearo se causa al público de Madrid, bien merecían los que lo han fraguado el mas severo castigo.»

Ignoramos si el lance ha quedado aquí, ó si ha tenido consecuencias ulteriores; nosotros no hacemos sino referir, con las consideraciones debidas, lo que ha llegado á nuestra noticia, por conducto de la vocinglera fama.

La temporada de carnaval se ha animado al acercarse su término, como esos enfermos que se alivian al acercarse su muerte.—En las dos últimas semanas no han escaseado las reuniones ni los bailes; en el teatro de palacio se ha cantado cuatro veces *La Straniera* de Bellini, con un conjunto admirable; en casa del señor Marqués de Miraflores, hubo el 21 de enero un suntuoso *rout*; la misma noche dió la señora Condesa de Velle su postrer baile, que dejará tan grata como duradera memoria por su animación y brillantez; el sábado 26 fué el sarao de la Duquesa de Frias, justificando plenamente los anuncios anticipados de los periódicos; y el martes 29 se verificó la gran fiesta que todos los años y en semejante día dá la Condesa del Montijo, para celebrar el santo de su hija primogénita la bella Duquesa de Alba.

Mientras tanto, las jóvenes cuentan por los dedos las noches de placeres que aun aguardan: el 2 será el baile de la señora de Montero; el 5 el de la Condesa de Casa-Bayona; el 9 el de Mr. Weisweiler; el 11 el del Marqués de Miraflores. Además, se asegura que la Condesa del Montijo y la Duquesa de Frias tendrán otros dos,—uno cada una,—en los dias del ya vecino carnaval.—Esto es lo que se espera; ¿pero quién sabe lo que puede producir lo inesperado?

RAMON DE NAVARRETE.

Insertamos á continuación unos versos de un poeta extranjero, que si agradan á nuestros lectores, no será la única composición del autor que aparezca en LA ILUSTRACION.

A M....

28 de enero de 1850.

¿Fé de mi corazón! ¿dónde eres ida?
¿Dónde la pura luz que iluminaba
Las negras horas de mi triste vida?
¿Dó la angélica voz que me animaba?
¿Dó hallará mi constancia enflaquecida
El bien que en tanto mal la sustentaba?
¿Dó la mano querida
Que mis amargas lágrimas secaba?

Aquellos labios rojos
Que al entreabrirse, mares de dulzura
Derramaban do quier, duros enojos
Vierten hoy y palabras de amargura.
Aquellos dulces ojos
Dó brillaba el amor y la ternura,
Por mudables antojos
Miran hoy con rencor y saña dura.

Y qué hice yo infeliz?—Desde el instante
En que, ingrata, te ví por vez primera,
¿Hubo mortal, responde, mas amante?
Palabra que mi labio te dijera,
¿No fué, dime, mas firme que el diamante?
¿En qué, pues, te ofendí?—¿Por qué la fiera
Indignación que anubla tu semblante?
¿Qué culpa cometió mi fé sincera?

Inútil inquietud:—¿á qué razones
Buscar de tu cariño á la mudanza?
Si es ley de los vulgares corazones!
Yo, la fiera asechanza,
Yo propio me tendí: las ilusiones
Que alhagaban mi amor sin esperanza,
Eran sueños, ridículas visiones
De un miope que creé ver en lontananza!

Fuí naufrago viajero
Que escapa al mar en tempestad bravía,
Y olvidado el furor del notto fiero,
De nuevo á sus borrascas se confía!
Y era tan dulce empero
El engaño feliz en que vivía!
Tan suave el fulgor de aquel lucero
Que en mis oscuras noches relucía!

Era el tierno capullo
Que alza tal vez la pudibunda frente,
Del campo gala, del pensil orgullo;
Y empero, dentro el caliz refulgente
Guarda el áspid traidor:—era el arrullo
Emponzoñado de letal ambiente
Que al caminante aduerme en su murmullo
Cabe al margen mortal de aciaga fuente

Era la luz que brilla engañadora
Sobre enemiga altura,
Y al marino que allí tuercé la proa
Estragos guarda solo y desventura:
La calma que precede, embriagadora,
Del terremoto horrendo á la pavora....
Mas ¿á qué me engañar también ahora?
—¡Eran mi ceguera y mi locura!

ASHTIN ELPIDOS.

LA EDAD EN LAS MUGERES.

Los ancianos son amigos que se van y á quienes es preciso tratar con cortesía.

¿Qué es lo que quiere significar lo que vulgarmente se llama una muger joven? ¿Es por ventura algun mérito el haber gastado menos años que las demas y tener por consecuencia mas de que disponer? ¿Se ama con preferencia á una muger de veinte años mas que á otra de treinta porque se abriga la esperanza de que dure mayor tiempo el amor? No, porque los que afectan apreciar la estremada juventud en las mugeres, abrigan tambien la pretension de no insistir sino uno ó dos meses en aquel amor.

Gusta generalmente la juventud porque es propiedad suya una envidiable garganta de tersa y fresca piel, la esbeltez del talle y lo aéreo del paso, el brillo de los ojos y de los dientes, la frescura de la voz.

Muchas mugeres de treinta años han conservado estas ventajas, y en cambio otras muchas de diez y ocho no las han poseído nunca; vereis sin embargo á multitud de hombres incautos preferir aun en este caso á la muger de diez y ocho años, *porque es joven*; en cuanto á mí, daría la preferencia á una vieja que fuere joven, que á una joven que fuere vieja. La edad es una *etiqueta* y puede servir solo para el caso en que se quiere espresar cuál es una muger que no se ha visto todavia; pero el informarse de la edad de una muger despues de conocerla, es obrar del propio modo que los malos bebedores que no conocen el vino de *Bordeaux* sino en el tapon y en la forma de la botella.

Cuando nos queremos hacer los oportunos hablando de la costumbre que tienen las mugeres de ocultar la edad, no comprendemos que nos ponemos en un ridículo que generalmente lo arrostran todos los que se ponen en este caso, al afectar no prendarse sino de la juventud, á causa de los placeres que perderán en los años venideros, sino sin mas causa ni otro motivo que la sola palabra *juventud*.

DEL FRIO EN EL INFIERNO.

El reverendo M. Brodié, predicando un dia en la iglesia metropolitana de Edimburgo sobre los tormentos del infierno, los pintaba como insoportables á causa del *frio* extremo que en él se sentia. Erase á la sazón lo mas riguroso del invierno;—y como uno de los oyentes le preguntara, concluido el sermón, por qué habia dicho que hacia frio en el infierno, en tanto que sostenian todos los teólogos que se experimentaban allí horribos calores. «Oh! exclamó, he tenido muy buenas razones para ello; si le hubiera dicho á mi auditorio que estaba caliente, todos se hubieran condenado para ir á calentarse allí.»

BELLAS ART ES.

El arte sufre, en sus formas todas, la influencia de los lugares en que se desenvuelve; el divino lápiz al pasar por diversos centros de luz se descompone y brilla, como el espectro solar, en colores variados. Estudiad la literatura, los monumentos, la pintura, la filosofía de un pueblo; siempre son el reflejo de sus costumbres, de su historia, de su condición política, de su clima y de su suelo: por ventura no influyen todos esos hechos exteriores en el pensamiento humano, no impresionan el ánimo, y, siendo así, pueden dejar de resentirse las obras de la inteligencia de la acción de estas causas pri-



S. A. S. el príncipe Haitiano, Juan José, duque de Puerto de Paz, hermano del emperador.



S. A. S. el príncipe Derival Leveque, padre de la emperatriz.

mitivas? Bajo un sol abrasador y fecundante, en un país rico y frondoso, no siente la imaginación sino inspiraciones risueñas; se deja mecer por dorados ensueños; traspasa los límites de lo posible y se lanza en un vuelo atrevido a los mundos del alma. Los climas sombríos y nebulosos, presa de la lluvia y de las nieblas, predisponen el pensamiento a meditaciones graves, a una tristeza vaga: bajo el cielo ceniciento de los países del Norte vive la raza de los pensadores de frente severa; allí se absorbe en la vida interior; la aspiración hacia el infinito se aminora en la existencia del hogar doméstico; la idea se empapa mas de la realidad; se materializa mas. En semejantes países, la poesía misma, hija del capricho, toma un carácter positivo, se abandona menos a los extravíos de la imaginación.

La pintura, esa fantasía de la forma, no se liberta de esta influencia general. ¡Qué diferencia no existe entre las celestiales vírgenes de Rafael y las robustas divinidades de Rubens!...

En parte alguna se manifiesta tanto la realidad del arte, consecuencia de la influencia de que hemos hablado, como entre los pintores flamencos y holandeses. Todo, tanto en la naturaleza, como en las cos-



Pais por Wouwermans.

tumbres de los Países-Bajos, ha contribuido a esta materialización.

Representaos un paisaje en que el empanado horizonte se pierde en pálidos meganos, en prolongadas y monótonas praderas! En él, los ruidos exteriores, esos rumores inefables que transportan el alma a los campos del infinito, no son otra cosa que el mugido de los rebaños, las ráfagas de la brisa, el embate de la lluvia contra el techo, el murmullo del viento que abate los cañaverales, y rara vez un rayo de sol que atraviesa el espesor de las brumas boreales. Preciso es buscar un remedio a la fatal melancolía en que tan triste naturaleza sumiría los ánimos. Así ha provisto la providencia a las laboriosas razas de la Holanda y de la Bélgica, de tan enérgico sentimiento de la realidad, que su imaginación no avanza mas allá de ella. Sus poetas celebran el hogar doméstico, las alegrías de la vida común, los placeres materiales de la existencia; son las risueñas odas de Horacio: « ¡E-vohé! ¡lo Paean! » Gocemos de los bienes que el cielo nos envía; ninguna intranquilidad por lo porvenir!

Eheu! fugaces Posthume! posthume, Labuntur anni... Pallida mors œquo pre-pulsat pede Pauperum tabernas, regum que turres.

Las huellas de este materialis-

mo las hallamos profundamente grabadas en las tradiciones históricas. «Cada uno para sí, cada uno en su casa,» ha sido la divisa de las diversas razas flamencas. Sabidas son las rivalidades que dividieron los Países-Bajos durante muchos siglos. Los waloones, los flamencos y los holandeses se hallaban en hostilidad permanente; las mismas ciudades waloonas se detestaban y se atacaban sin tregua, testigos Dinaut y Douvignes; y por su parte las ciudades flamencas se hallaban á cada instante en abierta lucha, testigos Gante, Brujas, etc. Ciudades industriales, pueblos de comerciantes, devorados por el amor metálico, creaba la concurrencia incesantes causas de celos y de antagonismo. De semejante estado provino la exaltacion del sentimiento local, el espíritu de aislamiento, la falta de patriotismo general, de eso que nosotros llamamos el materialismo político.

Como todas las demas artes, la pintura flamenco debía experimentar todas estas influencias locales. En vez de lanzarse en las regiones sublimes de la imaginacion, se contrajo á espresar las realidades naturales con una paciencia de imitacion que tiene tambien su genio. Quizá haya perdido en ello el idealismo; pero el arte es deu-



Pais por Watteau.

fértil en pintores de talento. Su padre, Pablo Wouwermans, pintor de historia bastante mediano, le dió las primeras lecciones de dibujo. Pocos adelantos hubiera hecho con un maestro tan débil; pero un artista distinguido, Juan Wgnants, reconoció una inteligencia notable, modificó en él los gérmenes de su método y, con útiles elogios, le dió esa confianza en sus fuerzas que es la condicion esencial para los adelantos; empero, existe algo superior al método que es la inspiracion, la naturaleza. Wouwermans lo comprendió bien pronto, y dejando á un lado las reglas á que se sujetan las medianas, no pidió lecciones sino á la fiel observacion de los objetos exteriores. No dibujaba nunca sino imitando la naturaleza y cuantos cuadros suyos nos han quedado son la reproduccion exacta de algun sitio estudiado por él.

No obstante, á pesar de su talento, Wouwermans, seguia desapercibido; Pedro de Laar, á quien los italianos sobreapellidaron *Bamboche* á causa de su configuracion particular y poco airosa, y que he llegado á la posteridad con ese extraño apodo, Pedro Laar embargaba como soberano el centro de la pintura en Harlem. Los primeros cuadros de Wouwermans no lograron dis-

tor á este sistema de ser el cuadro fiel de las costumbres nacionales.

No es esto decir por otra parte que la escuela flamenco no haya tenido sus épocas de aspiracion hácia lo ideal, pero aun en este caso, sus obras se han resentido del espíritu de realidad que es su caracter fundamental.

Tres periodos pueden marcarse en su desenvolvimiento:

1º. La época de los vidrios, de los manuscritos religiosos, de los libros sagrados. Este es el tiempo de Van-Eyck y de Hemling. Esta es en cierto modo la edad mística de la pintura flamenco; era que concluyó con el décimo quinto siglo.

2º Bien pronto se sucedió una nueva fórmula al periodo religioso. Esta es la edad heroica y caballeresca. La fé misteriosa hizo plaza al ardor, al movimiento, al brillo de la forma. Hasta los asuntos religiosos se despojaron de su espiritualismo católico, para revertirse de un exterior más pagano. Los pintores de esta época vivian en la intimidad de la nobleza; son Rubens, Van-Eyck, Gaspar de Crayer, Jordaens, Van-Thesedein, Seghers, Diepenbeke, Gonzalez, Coques, etc, esta es la era aristocrática del arte.

3º. En la tercera época, domina exclusivamente el sentimiento de la realidad; es la edad de la vida positiva, la era industrial y comercial. La imitacion de las cosas materiales toca los últimos limites de lo posible. Es Mieris, Van-Dhuysum pintando los frutos, las flores, los objetos naturales en sus más minuciosos detalles; es Teniers, Van-Ostade, etc., representando las escenas populares y las bacanales en su realidad más exacta.

Entre el número de los artistas que se han hecho notar en esta tercera fase de la pintura flamenco, preciso es contar á Felipe Wouwermans, uno de cuyos cuadros publicamos hoy. Wouwermans nació en 1620, en Harlem, tan



Los paletos en Madrid.

—Con... con-cierito con maitines... del Sor... Bacin... ni mamisele La... di.
—¡Vaya un atajo de disparates!!! ¡Y qué anuncios ponen en la Corte!!!



Los paletos en Madrid.

—¿Vienes de ver la horca?
—Calla, burro, si es un pozo artesiano.
—¿Y qué quiere decir eso?
—Toma, quiere decir que sacan agua del pozo con una artesa.
—¿Qué cosa tan moerna, hombre!!

traer al público de la admiración que inspiraba el ilustre *Bamboche*; no los vendía sino á mercaderes de un orden inferior que los transportaba á Francia y Alemania.

Esta terrible concurrencia debía ser no obstante la causa involuntaria del éxito de Wouwermans. Entre los mercaderes de cuadros mas acreditados y hábiles se contaba el famoso de Witte; había encargado á *Bamboche* un cuadro que, este último, con el orgullo que había hecho nacer en él su reputación, no consentía en hacérselo sino á un precio exorbitante. De Witte, disgustado, se dirigió á Wouwermans. El cuadro del joven pintor, hecho con un talento concienzudo, causó una impresión profunda. No se necesitó mas para asegurar á Wouwermans la voga y la atención pública; la fama fué acrecentándose de día en día.

Pero su fortuna no se elevó á la altura de su reputación. Se veía obligado á trabajar sin tregua para sostener su numerosa familia; la salud cedió á este asiduo trabajo; murió en Harlem, de donde nunca había salido, el 19 de mayo de 1668 á la edad de 48 años.

Dícese que antes de morir quemó sus apuntes y todos sus dibujos para no dejar ver lo que había tomado de los cuadros de *Bamboche*; esto es una calumnia: Wouwermans no procede de Pedro de Laar; repetimos que en la naturaleza solo es donde tomó sus inspiraciones y sus modelos.

Wouwermans compuso un número considerable de cuadros. Los asuntos son, por lo general, casas, ferias, caballos, ataques de caballería; sus paisajes todos están llenos de acción y de armonía; su colorido es excelente; se dulcifican los afectos sin perjudicar al vigor. Entiende sobre todo el empleo del claro oscuro.

Donde se distingue especialmente es en el estudio de los caballos. Citamos, como una singularidad que, en todas sus composiciones, se vé un caballo blanco.

Felipe Wouwermans tenía dos hermanos, y ambos se dedicaron á la pintura. Pedro pintaba siguiendo el propio gusto; recuerda el primer estilo de Felipe Wouwermans. Juan Wouwermans se dedicó al paisaje. Ha dejado algunos cuadros de excelente colorido. Murió en 1666, dos años antes que su hermano.

El otro cuadro que presentamos á nuestros lectores, es una graciosa y risueña escena de amor y de bienandanza, debida al final de Wateau. Los dos países de que acabamos de hablar son el mejor comprobante de las opiniones que hemos emitido al principio de este artículo; sobre el diferente carácter que imprimen á las obras de ingenio las condiciones del país en que se desarrollan.

CARAMURU.

VIII

El Tubichá.

No ha muchos años existía en nuestro país una esforzada tribu, aunque pequeña, la mas belicosa é indómita del Plata, y acaso de toda la América, incluso los célebres araucanos.

Esta tribu era la de los *charruas*, quienes figuran en primera línea desde los primeros tiempos de la conquista, y han vertido ellos solos mas sangre ibera que los ejércitos de los Incas y Motezuma, si hemos de creer á Azara.

Por espacio de tres siglos disputaron palmo á palmo su territorio á los españoles y á sus descendientes, combatiendo con indomable constancia hasta hundirse en la tumba.

Su lucha empezó con Solís, á quien devoraron en una isla frente á la *Colonia* (1545), y concluyó en el primer tercio de este siglo (1833), siendo exterminados en una celada por el general Rivera, en las cabezas del *Cuarehim* y del *Ibirapitámini*.

Encerrados en la confluencia de los dos ríos, es fama que no escaparon veinte individuos, y que fueron inmolados sin piedad hombres, niños y mugeres.

Sus depredaciones, el estado de continua alarma en que tenían á la campaña, á pesar de su reducido número, pues no llegaban á mil; su atroz perfidia con D. Bernabé Rivera, hermano del general, jóven de altas esperanzas, á quien asesinaron con su comitiva, y otros muchos atentados, hicieron necesaria esta medida, inícuca si se quiere, pero disculpable hasta cierto punto, tratándose de unos hombres tan crueles y tan pérfidos como los *charruas*.

Su carácter dominante era un odio profundo contra los cristianos, cualquiera que fuese su procedencia, lo mismo á los españoles que á sus descendientes; pero obligados á defenderse tambien de otras parcialidades con quienes estaban en perpétua guerra, solían entablar con los primeros negociaciones de paz, que rompían con insigne mala fé en cuanto pasaba el peligro.

Sus adueros eran el refugio de todos los que por sus delitos, ó por huir de la esclavitud vagaban por los bosques. El que quería ingresar en su tribu se presentaba al *Tubichá*, esto es, al jefe superior, al cacique de los caciques, acompañado de algun truchimán que le servía de padrino, y esponía en breves razones el motivo por el cual andaba errante, y su firme intención de separarse para siempre de los *perversos* y *traidores cristianos*, y consagrarse en cuerpo y alma al servicio de la gente mas valerosa, mas noble é ilustre que existía debajo de las estrellas.

El cacique convocaba á los ancianos y les proponía la admisión del catecúmeno, el cual si tenía la desgracia de ser rechazado por ellos, considerándole sospechoso ó espía, era degollado en el acto junto con su acompañante.

Una vez admitido en la tribu, renegaba de su religión y adoptaba el traje, los ritos y las costumbres de los salvajes; se le daba otro nombre, y por vía de ensayo se le sometía á distintas pruebas, de las que no siempre salía victorioso.

Algunos de estos aventureros, dotados de una inteligencia muy superior á la de los indios, y de un temple de alma á propósito para grangearse su aprecio, albagando sus ruines instintos, secundando sus planes de esterminio y vandalismo, y escindiéndoles en ferocidad si era posible, al cabo de algunos años adquirían tal prestigio y consideración entre ellos, que los *capitanes* (1) los elegían para el mando supremo á la muerte del *Tubichá*.

(1) Caciques inferiores.

En la época que abraza nuestra historia, un mulato libre mandaba la tribu de los *charruas*.

Escapado de la estancia en que trabajaba, sita en la campaña de *Tucuman* (1) por el asesinato del capataz, ideado y dirigido por él, en unión con varios esclavos, á fin de apoderarse de una crecida suma de dinero, producto de la venta de cincuenta mil cueros, emigró á la Banda Oriental con sus cómplices, para de allí trasladarse al Brasil, donde esperaban gozar impunemente el fruto de su crimen.

Sorprendidos al atravesar el *Yagüaron* por una partida de facinorosos, se resistieron á entregarles la ropa y las armas que aquellos les exigían, y los que no murieron peleando, se refugiaron á un monte inmediato donde estaban acampados los *charruas*.

Presos y conducidos á presencia del *Tubichá*, llevóse este sin hablar la mano abierta á la garganta, indicando que los degollasen.

Habia entre las concubinas del cacique una *Zamba* (2) su favorita á la sazón, que conocía al mulato por haber tenido relaciones amorosas con él en una de las estancias próximas á la suya, antes de caer prisionera con sus amos, viniendo de viaje para *San Carlos* (3).

Conocióle al pasar por delante de su tienda, y ordenando á los que le conducían que se detuviesen, corrió al *Tubichá* bañada en llanto, y le rogó que le perdonase porque era su hermano.

Creyola cándidamente el buen indio y accedió á su deseo con las condiciones antedichas. Alentada ella quiso salvar igualmente á los demas, pero no pudo conseguirlo.

El mulato, que era de perversa índole, audaz, desalmado y que no carecía de talento, adquirió en breve inmensa popularidad entre los salvajes, y cuando se creyó con bastante prestigio para disputar el poder á los mas afamados capitanejos, de acuerdo con su antigua querida, al retirarse de una *malocca* (4) en la que fueron rechazados con pérdidas considerables y perseguidos por algunas leguas, en medio de la confusión, pasó por detrás con su lanza de parte á parte al viejo cacique.

Hecha la elección del nuevo jefe, previas las formalidades de costumbre, el asesino fué proclamado *Tubichá* casi por unanimidad.

El nombre de *Tapalquem*, *el del brazo de hierro*, que le habían dado los indios al recibirle en sus filas, se hizo muy pronto sinónimo de todo lo mas malo que imaginarse puede.

Ahora bien, *Tapalquem* tenía el caballo que Amaro iba á buscar, y lo que es mas extraño, *Tapalquem*, el asesino, el incendiario, el bárbaro y feroz cacique que todo lo llevaba á sangre y fuego, aquel cuyo nombre pronunciado de noche en la cocina de una estancia hacia estremecer y herizar los cabellos de horror á la numerosa concurrencia, que sentada en ancha rueda en torno del hogar, — saboreando el líquido de aromática yerba *mate*, desleida con agua hirviendo en una pequeña calabaza que pasa de mano en mano,— oía embelesado el relato de las increíbles aventuras, patrañas y mentiras de los que tenían la palabra... *Tapalquem* respetaba y quería á Amaro, y le había ofrecido por varias ocasiones el apoyo de sus ochocientos ginetes. Oferta que el orgulloso jefe de los *montoneros* había despreciado siempre, creyendo degradar su noble causa aliándose con aquellos beduinos, á quienes después de la victoria ni sus mismos caudillos eran capaces de impedir que se entregasen al saqueo, á la violencia, al pillaje, á la embriaguez y demas escesos que son consiguientes.

Sus relaciones databan de muy antiguo. Viajando Amaro por la provincia de Buenos-Aires acompañado de otros tres gauchos, llegó una tarde á una estancia, y como es costumbre, se acercó á la casa á pedir posada por aquella noche, en los momentos que cuatro vigorosos negros estaban amarrando á una ventana, para azotarle, á un esclavo que había osado levantar la mano contra el capataz. Audacia inaudita por la cual les leyes antes de 1810, autorizaban al amo para quitar la vida á sus siervos.

— ¡Te he de matar á azotes, perro mulato! decía el capataz furioso, blandiendo un enorme zurriago.

Amaro y sus compañeros descendieron de sus cabalgaduras, y entraron en el patio donde tenía lugar la escena referida.

La serenidad del esclavo contrastaba con la cólera del administrador que, lívido de ira, descargaba sendos latigazos sobre los negros para que anduviesen mas listos; y tan ciego estaba, que en vez de responder como debía á las urbanas frases con que el primero le pidió hospitalidad para él y sus amigos, contestó á gritos con palabras obscenas y en extremo ofensivas.

— ¡No hay posada, idos á los infiernos! ¡esta casa no es guarida de vagos ni de ladrones!...

Los tres gauchos echaron á un tiempo mano á sus puñales, y bien cara habría pagado el insolente su grosería, si Amaro, siempre generoso y noble, no los hubiera detenido diciéndoles:

— Yo he sido el principal agraviado; dejadme que le exija la satisfacción y le imponga el castigo que merece.

El capataz se dirigió á la puerta para llamar á los *peones*, pero mas rápido el gaucho le cojió por el cuello de la veste y le arrojó á diez varas en medio del patio, como arroja un niño una pelota ó una varilla de mimbre.

— Si levantais la voz, — le dijo clavando en él su terrible y avasalladora mirada, — si dais un solo grito, os degüello lo mismo que á un ternero.

El miserable comenzó á temblar como un azogado, y tartamudeando soltó algunas palabras vagas, ininteligibles, sin enlace ni conexión; por último pudo hablar, se arrodilló y pidió perdón á los agraviados.

Amaro, sin responderle se encogió de hombros, se acercó al mulato y cortó con su puñal el *maneador* (5) que lo sujetaba á las rejas de la ventana.

— Ya eres libre, — le dijo — anda y coje el primer caballo que encuentres ensillado para venirte con nosotros.

(1) Provincia de la Confederación argentina.

(2) Hija de mulato y negra, de india y negro ó vice-versa.

(3) Villa del departamento de su nombre en la Banda Oriental.

(4) Escursion para robar.

(5) Soga de piel de vaca, desde diez á treinta varas que sirve para atar los caballos.

El esclavo cayó de hinojos hiriendo el suelo con la frente y puso sus labios en las blancas botas de *potro* de su libertador.

— ¡Paisano! ¡paisano!... (1) exclamó el capataz luchando con el miedo que le infundían sus huéspedes y el temor de perder al esclavo; — considerad por piedad que soy un desgraciado, que nada tengo y me veré obligado á satisfacer su valor.

— ¡Miserable! ¿Y no querías matarle á azotes?

— Es verdad, mas...

— Mas entonces, — continuó Amaro con creciente indignación — te habrias escudado con las leyes, ó para evitar indignaciones, habrias dicho que había muerto de enfermedad.

— Considerad que tengo cuatro hijos...

El gaucho le echó una mirada de desprecio.

— ¿Cuánto vale? preguntó.

— Cuatrocientos pesos, ni un *cinquino* (2) menos... os puedo mostrar la carta de venta.

— Veamos esa carta.

Corrió el capataz á una pieza inmediata seguido de su interlocutor, y sacó de un pequeño escritorio un legajo de papeles; los hojeó, y como tardase intencionalmente en encontrar el que buscaba, sin duda para dar tiempo á que viniesen algunos de los *peones* que estaban ocupados á la sazón en la *matanza*, Amaro se los arrebató de las manos, diciéndole con un ceño y un metal de voz que le hizo estremecer de los pies á la cabeza:

— Andad con tiento, porque ya se me vá acabando la paciencia.

En seguida desdobló la escritura, y le ordenó que estendiese debajo el recibo de la cantidad espresada.

El capataz vaciló; Amaro levantóse tranquilamente el poncho y llevó la mano á uno de los bolsillos del tirador; creyó el primero que iba á sacar el puñal, y exclamó hablando y escribiendo á toda prisa:

— ¡Por Dios! amigo mio, por Dios! tened mas calma... voy á concluir. ¿A nombre de quién pongo el traspaso?

— A nombre del propio esclavo.

Los gauchos y los negros que desde el patio presenciaban esta cómica escena, se reían, los primeros abiertamente, y los otros en sus adentros, de la pusilanimidad de aquel hombre que tenía fama en toda la comarca por su crueldad desmedida con los esclavos sujetos á su dominio, y ahora se mostraba tan menguado, tan cobarde y rastreiro.

Cuando hubo firmado, Amaro llamó al mulato que volvía de cumplir sus órdenes y le entregó la escritura.

El administrador, cabizbajo y contrito, los acompañó hasta la puerta donde estaban los cinco caballos, los vio montar, y no atreviéndose á reclamar de nuevo directamente el pago de los cuatrocientos pesos, comenzó á lamentarse de las muchas pérdidas que había sufrido aquel año, y dijo:

— Espero de vuestra generosidad que... si os es posible y esto no os ocasiona ningun perjuicio de consideración... tan pronto como os lo permitan las circunstancias... os dignareis remitirme... si no toda, al menos una parte de la cantidad que tendré que abonar de mis sueldos, ¡ay de mí!

El gaucho sin mirarle á la cara le tiró á los pies una bolsa de piel de *aperca* (2) que había sacado en vez del arma que aquel se imaginó, y partió á galope seguido de sus compañeros.

Recogióla friamente el administrador, figurándose que sería alguna nueva burla; pero ¿cuál sería su sorpresa al encontrarse con veintidos flamantes medallas de Carlos III, en las que se leía la encantadora leyenda de *D. Félix Uroque*?

Imposibilitados por este motivo de dormir en la estancia, hicieron noche en un villorrio que distaba cuatro leguas.

Al día siguiente, antes de partir, Amaro que se dirigía á la capital, indicó al mulato que hiciera lo que mejor le pareciese, porque era enteramente libre.

Quiso este en prueba de su gratitud quedarse á su servicio; pero el generoso gaucho le dió las gracias, diciéndole que no le necesitaba, y le aconsejó que se fuese á trabajar y procurase con su laboriosidad y buena conducta captarse la voluntad de sus futuros *patrones*, para que á la vuelta de algunos años le *habilitasen*.

En consecuencia, su protejido enderezó el rumbo á *Tucuman*, donde abusando muy pronto de su libertad, perpetró el crimen de que hemos hablado, que le obligó á huir de aquel país y le arrojó entre los *charruas*, abriéndole un nuevo crimen el camino de la fortuna.

Sin entrar en los anteriores detalles no se comprendería á la verdad la ilimitada confianza del proscrito en el afecto que le profesaba *Tapalquem*. Un servicio de tal magnitud, bien merecía para un corazón agradecido, no el préstamo, sino el regalo del mejor caballo por grande que fuese su valor.

No obstante, á pesar del sincero agradecimiento del cacique y de su empeño en complacerle, fué necesaria toda su buena voluntad y el arrojo é intrepidez de ambos, para conseguir una cosa al parecer tan sencilla. Diremos dos palabras sobre esto, para la mejor inteligencia de lo que vamos á exponer en seguida.

Los indios, como los árabes y los tártaros y todos los pueblos nómades, aprecian en extremo sus corceles, sobre todo á los que despuntan por su belleza y agilidad.

Existen sobre este particular mil preocupaciones entre ellos, que si no temiéramos fastidiar al lector con digresiones inoportunas, enumeraríamos seguros de que tal vez le divertirían por lo raras y extravagantes...

La tribu que tiene buenos caballos, en su concepto no puede ser cobarde: el mejor *bridon* pertenece de derecho al cacique, y en él se vincula el honor y la gloria de la parcialidad que capitanea: perderlo en la batalla ú de otro modo, es señal de mal agüero, presagio de calamidades y desgracias para la tribu.

Veamos ahora de qué medio se valió Amaro para arrancar á los *charruas* su famoso *parejero*, y si los peligros á que se espuso valían los cien mil *patacones* que debían recompensar su audacia.

(1) Equivalente á *caballero* entre la gente del campo.

(2) Cinco reis.

(3) Especie de conejo del tamaño de una rata.

IX.

Añang.

El tubichá recibió á Amaro con las mas rendidas muestras de aprecio y deferencia, é hizo con él lo que no hacia con nadie: se puso de pié y se sacó el triple rodete de plumas, símbolo de su dignidad, que cubria su cabeza; accion que llenó de escándalo á los viejos caciques.

Su descontento se aumentó al ver que Tapalquem les ordenaba retirarse, para hablar á solas con el huinca (1).

—¿Qué quereis, señor, puedo seros útil en algo? Preguntóle no bien se alejaron aquellos, con la afabilidad del que desea que le ocupen.

—Si: vengo á pedirte prestado tu célebre *parejero* por ocho dias.

—Daiman? Preguntó el mulato con angustia.

—Daiman.

—Ah! pedirme todos mis demas caballos, dinero, mugeres, todo lo que querais... pero ese caballo... ese caballo... ira de Dios!... ese caballo no puedo dárselo.

—Entonces nada he dicho, y me retiro.

Amaro se encaminó á la puerta con la sonrisa del desprecio en los lábios y el fuego de la indignacion en los airados ojos.

—Oid, le dijo.

—Volvióse el gefe de los montoneros y le miró frente á frente con toda la arrogancia de que él era capaz, é inmóvil esperó dos minutos á que hablase.

—Aun cuando yo quisiera prestarme á vuestros deseos, seria esponeros á una muerte casi segura permitir que os lleváseis á Daiman, pues...

El gaucho sin aguardar á que concluyese la frase, le volvió las espaldas y pisó el umbral.

—*Caramurú!* —gritó el cacique apretando y mordiéndose los puños hasta hacerse sangre;—si otro hombre fuera el que se atreviese á inferirme tal agravio, le mandaria cortar la lengua y arrojársela á mis *ñanduses* (2).

El gefe de los montoneros por única respuesta se atusó el bigote, y le miró con la calma insultante del que desprecia las amenazas de un inferior suyo, y ni siquiera le hace el honor de contestarle.

—Aunque mi poder es ilimitado —continuó Tapalquem— los charruas no verian tranquilos que un cristiano se llevase su mejor caballo, el caballo de su tubichá, al vencedor de los mas célebres *parejeros* del Rio de la Plata...

El gaucho meneó la cabeza impaciente.

—Oid, con mil rayos! se me ocurre un medio que tal vez surta el efecto apetecido. Deseo serviros á todo trance.

Esta promesa desarrugó la faz sombría de Amaro, que se adelantó al medio de la tienda dispuesto á escucharle.

—Permaneced aquí hasta las dos de la mañana.

—Me llevaré á Daiman?

—Lo espero.

—Si ó no?

—Hombre, si; suceda lo que Dios ó el diablo quiera!

—No esperaba menos de tu generosidad,—repuso el gaucho, radiante el rostro de alegría y tendiéndole afectuosamente la mano.

—Os debó la vida y quiero probaros lo que os he repetido mil veces: Soy vuestro en cuerpo y alma.

El mulato se acercó á la puerta de la tienda y tocó un silbato que llevaba al cuello.

Un indio se presentó.

—Que venga al momento Yictabicay, dijo, y volviéndose á Amaro, añadió:

—Por fortuna entendeis el idioma de estos bárbaros, y vais á convencerlos de que obro con toda lealtad.

Una india vieja y de deforme aspecto, cuya pequeña estatura estaba compensada por una obesidad monstruosa, apareció en el umbral y se detuvo hasta que el tubichá con un gesto imperativo la indicó que pasara adelante.

Era esta la hechicera de la tribu. Venia cubierta con una grosera manta de lana, y traia al cuello un collar de dientes humanos: cerdosos y enmarañados cabellos coronaban su aplastada frente: sus pequeños ojos de fuina, desnudos de párpados, desaparecian entre sus órbitas amoratadas, hundidas y cavernosas; su gruesa nariz, chata como la del tigre, y sus abultados labios prolongándose hasta cerca de las mandíbulas, carnosas y vueltas hacia afuera dejaban entrever unos dientes largos, puntiagudos y separados. La piel de un gato montés servíale de delantal, y en sus sienas, muñecas y tobillos, ostentaba con orgullo una triple sarta de cascabeles, petrificaciones y cuentas de colores que producian un ruido agradable aunque monótono, siempre que se movía. Por último, fálábanle como á muchos de sus compatriotas, en los dedos de los pies y de las manos, algunas falanges, pues los charruas acostumbraban cortarse una cada vez que se les moria algun deudo ó persona muy estimada.

—Te he mandado llamar Yictabicay, dijo el cacique, para que hoy mismo anuncies que has visto á Añang (3), que los has visto entientes? y que esta noche vendrá.

La india miró á hurtadillas al cristiano y movió la cabeza con gravedad.

—Ahora te irás al monte y no volverás hasta bien entrada la noche. Ya sabes tu obligacion; tenlo preparado todo. Yo iré á tu tienda, y te avisaré cuando has de anunciar la llegada de Añang. Toma.

El cacique sacó dos cartuchos de pólvora y se los dió, prometiéndola un buen premio si le servía con la fidelidad y el acierto que otras veces.

—Me darás aguardiente, mucho, mucho? preguntó la india con estúpido alborozo.

—Lo suficiente para que te emborraches cuatro dias.

La hechicera exhaló un ahullido de alegría, y haciendo contorsiones y gestos, dió una vuelta por la tienda, ejecutando una pantomima cuya significacion comprendió Amaro perfectamente. Representaba el espanto que se apoderaba de ella á la vista del espíritu maligno; y salió, tarareando una cancion en renglones cortos mas bien que versos, cuyo estribillo era:

—Moriremos matando —contestó el gaucho con la mas glacial indiferencia.

La noche desplomó sus sombras sobre el mundo. Los indios

se retiraron á sus tiendas, escepto los que estaban de guardia y los que cuidaban del *potrero* (1).

El campamento quedó en profundo silencio. Todos dormian, menos Amaro, Tapalquem y la hechicera.

A las dos de la mañana se ocultó la luna: los cien ginetes que recorrian el campo fueron reemplazados por otros, que se dividieron en cuatro pelotones tomando cada uno, segun la costumbre de los salvajes, una direccion contraria, al Norte, al Sur, al Oriente, y al Occidente, para reunirse luego en un punto dado.

No bien sintió el tubichá que se alejaban, dijo al prospecto: —llegó el momento decisivo. ¡Ahora!...

Amaro desnudó el puñal, estrechó la mano de su compañero, y salió marchando de puntillas, prestando el oído á cada paso, deteniéndose y resguardándose á espaldas de las tiendas al menor rumor que percibía.

Atrás de él caminaba el mulato armado con su machete y mirando á todas partes.

Aunque la tienda de Yictabicay distaba cincuenta pasos, tardaron media hora en llegar á ella.

Entraron.

Tendió el gaucho la mano temiendo caer en la oscuridad, y tropezó con otra mano que le arrastraba al fondo de la tienda. Sintió que le quitaban el sombrero, el poncho y el chiripá; que le envolvian las piernas y brazos con largas tiras de cuero de lobo; que le echaban encima un manto, formado con dos pieles de tigre con un cinturón de colas de mono y de yegua, y que le acomodaban en la cabeza un enorme curucho de piel de carnero, del cual pendia una especie de antifaz ó careta tambien de cuero, que le ocultaba enteramente el rostro.

—En verdad, debo parecer el mismo diablo, pensaba él á medida que le iban endosando las distintas piezas de aquel peregrino traje.

Cuando la vieja, ayudada de Tapalquem, concluyó su tocado, el de el cacique y el suyo propio, comenzó á exhalar unos quejidos tan lúgubres y lastimeros que toda la tribu despertó azorada.

De repente un resplandor brillante iluminó la tienda, y una bocanada de negro humo se escapó por sus hendiduras, arrojando fuera al genio del mal, al terrible Añang.

Los salvajes al verle lanzaron un espantoso grito y cayeron de hinojos hiriendo el suelo con la frente.

—¡Déjanos! ¡Déjanos! Vete, vete, llévate lo que quieras ó á quien quieras, y déjanos en paz! —murmuraban temblando de miedo y sin atreverse á abrir los ojos.

El gaucho imitando el rugido de la pantera, cruzó lentamente por en medio de ellos, seguido del tubichá y de Yictabicay: el primero ladraba como un perro y la segunda mugía como un toro.

Los tres se encaminaron al *potrero*.

Los indios que guardaban los caballos, al mirarlos que se dirigian hácia allí echaron á correr con la pasmosa celeridad que presta el espanto.

Adelantóse el mulato y llamó á su *parejero*.

El corcel, despues de vacilar un momento, se le acercó reconociendo su voz.

Su amo le cogió la cara y lo besó con el trasporte de un amante á su querida; luego le pasó dos veces la mano por sus largas y ondeantes crines, le palmoteó suavemente, y por fin, no sin soltar mas de un suspiro, púsole el freno que llevaba oculto debajo de su disfraz de demonio.

Amaro tomó las riendas y parte de la crin con la siniestra, apoyó la diestra en el anca, y de un brinco se encaramó encima del noble animal.

—¡Adios, Daiman, adios! murmuró Tapalquem con las lágrimas en los ojos. ¡Adios Amaro! Solo por vos podia yo hacer este sacrificio...

—Gracias. Conserva este recuerdo mio, mas bien que como precio de tu inestimable caballo como una débil muestra de mi aprecio y gratitud; dijo el gefe de los montoneros, dándole su puñal de vaina y cabo de oro, que habia comprado en Paisandú con el dinero de Abreu: —Adios. Si alguna vez me necesitas acude á mí.

Y cerró piernas á su indómito alazan, que partió como un rayo tomando el mismo rumbo que traia la columna de salvajes que vigilaba aquella parte del campo, y que acudia, alarmada por los gritos lejanos que se oian del campamento.

—¡Añang! ¡Añang!!! exclamaron los indios buyendo en dispersion no bien le divisaron, mientras él seguía tranquilamente su camino, y Tapalquem y la hechicera escondian en un *pajonal* cercano, sus vestuarios, para volver á sus tiendas cuando todos durmiesen.

ALEX. MAGARIÑOS Y CERVANTES.

MUNICIONES POLITICAS.

El Pais, La Nacion, La Patria, La Gloria nacional, La Libertad, El Sosten de nuestras Instituciones, El pueblo, Las Leyes, etc. etc. Cada una de estas palabras no es si no un plomo, una posta ó una bala con que cada personaje político carga sus pistolas, su fusil ó su obús, para descargarlo contra sus enemigos políticos, es decir, contra los que ocupan el puesto que el quisiera ocupar, ó contra los que quieren ocupar el en que él se halla.

El eco.

No ha mucho tiempo conversábamnos varios amigos, en el café, de la poesía imitativa, y con tal causa se mencionó el acertado uso que hacia Zorrilla de las consonancias del eco en una de sus leyendas. Con este motivo se habló tambien de los ecos que repetian dos, tres, cuatro y hasta cinco sílabas. Cada cual citaba, y aun exageraba, cuando un andaluz que no habia desplegado aun los labios exclamó: «¡Qué diablos están ustedes ahí hablando de ecos que nada valen! Para ecos los que hay en mi tierra: hay especialmente uno en mi pueblo á quien se le dice: *¿Eco, como estás?* Y responde: *Muy bien, ¿y tú?* No hablen Vds. interin no sepan de alguno como este.

Pensamiento.

El amor nace de nada y muere por todo.

Alpa ra encerrar de noche los caballos del servicio.

«¡Anoche, anoche he visto á Añang!

»¡Añang va á venir, ay del que coja!»

Los indios acudian en tumulto y corrian tras ella al oír este cántico, precursor generalmente de alguna grave calamidad.

—¿Habeis oido? se decian unos á otros llenos de congoja, ¿habeis oido á Yictabicay? anoche vino Añang y hoy volverá. ¿Cuál será la causa?

En breve la tribu entera se puso en conmocion, y la embaucadora se vio rodeada de un enjambre de hombres, niños y mugeres, cuyas facciones horribles en su estado natural, descompuestas ahora por el terror y la curiosidad, parecian de demonios mas bien que de seres humanos.

La vieja estrechada por la multitud, tomó la palabra y les dijo con misterioso acento, y como horrorizada de lo mismo que contaba:

—Anoche, hijos míos, anoche Añang vino á mi tienda, y tomando por las cuatro puntas el cuero en que dormia, me hizo voltear por el aire como á una bola.

Una exclamacion general de espanto cubrió la voz de la oradora.

—Por fin me arrojó furioso contra el suelo, y poniéndome el pié en la garganta me dijo:

—Tú no velas por tu tribu, Yictabicay. Los enemigos la amenazan. ¡Mañana nos veremos!

Y desapareció dejando en la tierra donde apoyó su planta una faja de fuego, y en el aire un olor de azufre que mareaba.

Levantose entre los salvajes un sordo murmullo que, aumentándose por grados como los mugidos de un volcan á medida que se aproxima la lava al crater, estalló en un solo grito:

—¡Tú eres adivina, dínos la causa de su venida!

—Todavía la ignoro...

—¡Mentira!

—Voy al bosque á consultar á los espíritus...

—¡Mentira! la causa es la llegada del huinca, dijo uno de los caciques, antiguo rival de Tapalquem, y que no desperdiciaba ninguna ocasion para desconcentuarle.

—¡Sí, sí! repitieron en coro otras cien voces, iluminados los que las proferian por una suposicion que, segun sus creencias, tenia todos los visos de la realidad.

—¡Qué muera el huinca! ¡qué muera! gritaron otros sin hacer caso de las amonestaciones de la hechicera y dirigiéndose á la tienda del Tubichá, capitaneados por el cacique, causa de aquel motin.

A los gritos de *¡muera el huinca y los que le defiendan!* los dos caudillos que hablaban muy tranquilos concertando los medios de llevar á cabo su riesgoso intento, se pusieron de pié, resuelto el uno á vender cara su vida, y el otro á sucumbir primero que ver menoscabada en lo mas mínimo su autoridad.

Tapalquem se armó de un acerado machete, y colocándose en la puerta se preparó á arengar á su grey rebelde, mientras Amaro, cediendo á sus ruegos, se retiraba á un lado para no escitar mas el encono de los indios con su presencia.

—¿Qué quereis? preguntó aquel con voz tremenda y amenazadora; ¿qué significan esos gritos insidiosos? ¡Locos, ladrones, hijos del diablo! ¿cómo os atreveis á venir así á la tienda de vuestro Tubichá?

—¡Muera el huinca! ¡muera el huinca! tornaron á repetir los salvajes.

—¡Ea, retiraos!

—Tapalquem, dijo el cacique que de mutu propio y con la idea de destronar al mulato se habia puesto al frente de la rebelion;—entregáanos al cristiano para que le matemos, a fin de aplacar á Añang...

—Ven á sacarle de aquí si te atreves, *Bagüal* (1), respondió Tapalquem blandiendo el machete.

—¡Ea, muchachos, adelante! gritó el indio precipitándose al umbral, seguido únicamente de veinte ó treinta de los mas fanáticos; los restantes, intimidados por el conocido valor y el aspecto imponente de su gefe, permanecieron quietos.

El mulato levantó el brazo y dejó caer su terrible machete. La ensangrentada cabeza del cacique rebelde rodó por el suelo separada de su tronco.

Y rápido como una flecha, antes que los sublevados se recobrasen del pánico que semejante rasgo de audacia les infundiera, precipitóse en medio de ellos descargando mandobles á derecha é izquierda; lo cual aunque no duró arriba de veinte minutos fué el tiempo suficiente para bajar un hombro á éste, hendir el cráneo á aquel, abrir el pecho á uno, tronchar un brazo á otro y herir á ocho ó diez.

Los amotinados se dispersaron como una bandada de torcaces al avistar á un *carancho* (2), ó como un enjambre de *gabitos* disputándose la sangre de un toro recién muerto, al aproximarse el desollador que viene á descuartizarle.

Entonces el mulato, para contrarestar el daño que los descontentos podian ocasionarle entre los que se habian conservado neutrales, hizo á estos una corta arenga, manifestándoles que el huinca era nada menos que delegado del gobierno de Montevideo, el cual pensaba enviarles, celebrada la paz, doscientas pipas de aguardiente, cien fardos de paños y bayetas, y cincuenta cajas de bisutería.

No recibirian con tanto placer los fabricantes catalanes una ley en favor de la tan cacareada cuestion de aranceles, como los charruas las halagüeñas palabras de Tapalquem. A trueque de embriagarse diariamente por espacio de un par de semanas, renovar sus raídos ponchos y *chamales*, (3) y tener *halajas ricas* para sus mugeres y queridas, no les parecia ya tan temible la cólera de Añang. Así fué que se alejaron dando vivas al huinca y al gran tubichá que lo mandaba.

—Vamos, por ahora todo se ha acabado felizmente,—dijo Tapalquem entrando en la tienda— me he desecho de ese tunante que no hacia mas que intrigar y tenderme ocultos lazos; pero ¡ay! Amaro, nuestro negocio se complica. Conociendo vuestra valen ia escuso prevenirlos que si nos sale mal, nos asesinan estos bárbaros sin remedio.

—Moriremos matando —contestó el gaucho con la mas glacial indiferencia.

La noche desplomó sus sombras sobre el mundo. Los indios

se retiraron á sus tiendas, escepto los que estaban de guardia y los que cuidaban del *potrero* (1).

El campamento quedó en profundo silencio. Todos dormian, menos Amaro, Tapalquem y la hechicera.

A las dos de la mañana se ocultó la luna: los cien ginetes que recorrian el campo fueron reemplazados por otros, que se dividieron en cuatro pelotones tomando cada uno, segun la costumbre de los salvajes, una direccion contraria, al Norte, al Sur, al Oriente, y al Occidente, para reunirse luego en un punto dado.

No bien sintió el tubichá que se alejaban, dijo al prospecto: —llegó el momento decisivo. ¡Ahora!...

Amaro desnudó el puñal, estrechó la mano de su compañero, y salió marchando de puntillas, prestando el oído á cada paso, deteniéndose y resguardándose á espaldas de las tiendas al menor rumor que percibía.

Atrás de él caminaba el mulato armado con su machete y mirando á todas partes.

Aunque la tienda de Yictabicay distaba cincuenta pasos, tardaron media hora en llegar á ella.

Entraron.

Tendió el gaucho la mano temiendo caer en la oscuridad, y tropezó con otra mano que le arrastraba al fondo de la tienda. Sintió que le quitaban el sombrero, el poncho y el chiripá; que le envolvian las piernas y brazos con largas tiras de cuero de lobo; que le echaban encima un manto, formado con dos pieles de tigre con un cinturón de colas de mono y de yegua, y que le acomodaban en la cabeza un enorme curucho de piel de carnero, del cual pendia una especie de antifaz ó careta tambien de cuero, que le ocultaba enteramente el rostro.

—En verdad, debo parecer el mismo diablo, pensaba él á medida que le iban endosando las distintas piezas de aquel peregrino traje.

Cuando la vieja, ayudada de Tapalquem, concluyó su tocado, el de el cacique y el suyo propio, comenzó á exhalar unos quejidos tan lúgubres y lastimeros que toda la tribu despertó azorada.

De repente un resplandor brillante iluminó la tienda, y una bocanada de negro humo se escapó por sus hendiduras, arrojando fuera al genio del mal, al terrible Añang.

Los salvajes al verle lanzaron un espantoso grito y cayeron de hinojos hiriendo el suelo con la frente.

—¡Déjanos! ¡Déjanos! Vete, vete, llévate lo que quieras ó á quien quieras, y déjanos en paz! —murmuraban temblando de miedo y sin atreverse á abrir los ojos.

El gaucho imitando el rugido de la pantera, cruzó lentamente por en medio de ellos, seguido del tubichá y de Yictabicay: el primero ladraba como un perro y la segunda mugía como un toro.

Los tres se encaminaron al *potrero*.

Los indios que guardaban los caballos, al mirarlos que se dirigian hácia allí echaron á correr con la pasmosa celeridad que presta el espanto.

Adelantóse el mulato y llamó á su *parejero*.

El corcel, despues de vacilar un momento, se le acercó reconociendo su voz.

Su amo le cogió la cara y lo besó con el trasporte de un amante á su querida; luego le pasó dos veces la mano por sus largas y ondeantes crines, le palmoteó suavemente, y por fin, no sin soltar mas de un suspiro, púsole el freno que llevaba oculto debajo de su disfraz de demonio.

Amaro tomó las riendas y parte de la crin con la siniestra, apoyó la diestra en el anca, y de un brinco se encaramó encima del noble animal.

—¡Adios, Daiman, adios! murmuró Tapalquem con las lágrimas en los ojos. ¡Adios Amaro! Solo por vos podia yo hacer este sacrificio...

—Gracias. Conserva este recuerdo mio, mas bien que como precio de tu inestimable caballo como una débil muestra de mi aprecio y gratitud; dijo el gefe de los montoneros, dándole su puñal de vaina y cabo de oro, que habia comprado en Paisandú con el dinero de Abreu: —Adios. Si alguna vez me necesitas acude á mí.

Y cerró piernas á su indómito alazan, que partió como un rayo tomando el mismo rumbo que traia la columna de salvajes que vigilaba aquella parte del campo, y que acudia, alarmada por los gritos lejanos que se oian del campamento.

—¡Añang! ¡Añang!!! exclamaron los indios buyendo en dispersion no bien le divisaron, mientras él seguía tranquilamente su camino, y Tapalquem y la hechicera escondian en un *pajonal* cercano, sus vestuarios, para volver á sus tiendas cuando todos durmiesen.

ALEX. MAGARIÑOS Y CERVANTES.

MUNICIONES POLITICAS.

El Pais, La Nacion, La Patria, La Gloria nacional, La Libertad, El Sosten de nuestras Instituciones, El pueblo, Las Leyes, etc. etc. Cada una de estas palabras no es si no un plomo, una posta ó una bala con que cada personaje político carga sus pistolas, su fusil ó su obús, para descargarlo contra sus enemigos políticos, es decir, contra los que ocupan el puesto que el quisiera ocupar, ó contra los que quieren ocupar el en que él se halla.

El eco.

No ha mucho tiempo conversábamnos varios amigos, en el café, de la poesía imitativa, y con tal causa se mencionó el acertado uso que hacia Zorrilla de las consonancias del eco en una de sus leyendas. Con este motivo se habló tambien de los ecos que repetian dos, tres, cuatro y hasta cinco sílabas. Cada cual citaba, y aun exageraba, cuando un andaluz que no habia desplegado aun los labios exclamó: «¡Qué diablos están ustedes ahí hablando de ecos que nada valen! Para ecos los que hay en mi tierra: hay especialmente uno en mi pueblo á quien se le dice: *¿Eco, como estás?* Y responde: *Muy bien, ¿y tú?* No hablen Vds. interin no sepan de alguno como este.

Pensamiento.

El amor nace de nada y muere por todo.

Alpa ra encerrar de noche los caballos del servicio.

(1) Cristiano.

(2) Avestruces. — Los indios crían estos animales para aprovechar sus huevos que son muy buenos quitándoles la clara.

(3) Genio del mal.

(1) Sinónimo de estúpido.

(2) Ave de rapiña muy voraz y muy fea.

(3) Chiripás.



¡Que viene el Coco!...

NECROLOGIA.



Doña Gerónima Llorente.

Pérdida muy dolorosa y muy difícil de reparar, es la que el teatro Español acaba de experimentar con la muerte de la excelente actriz doña Gerónima Llorente, ocurrida hoy há nueve dias, á consecuencia de una breve, pero aguda enfermedad. Esta excelente actriz, la primera de nuestras características, y cuya reputacion artistica era una de las mejores y mas justamente reconocidas en nuestros teatros, nació en Añover de Tajo, donde su padre era médico-cirujano del pueblo y

de los guarda-bosques de la casa Real. A poco tiempo, D. Felipe Miguel Llorente, su padre, y Doña Tomasa Orbes y Pinacha su madre, se trasladaron á Aranjuez. En este sitio fué donde la señorita Llorente recibió su primera educacion, dedicándose al estudio de todos los conocimientos que deben adornar á una jóven de regular familia; pero lo que mas la cautivaba era el teatro, contrastando notablemente su vocacion involuntaria á una carrera que tanta reputacion le habia de dar andando el tiempo, con el espíritu de preocupacion é injusticia que por aquellos años reinaba en contra del arte; así es que los padres de nuestra actriz, jamás la hubieran consentido abrazar esta profesion, si las vicisitudes que trajo consigo la guerra de la independencia, no les hubieran obligado á enviar á Cádiz á la señora Llorente en compañía de su abuela, donde, al fallecimiento de esta, entró en el teatro de la Isla de Leon, desempeñando algunos papeles y la parte de haile. Desde su primera aparicion en la escena manifestó una disposicion felicísima para el arte dramático. Continúo por algunos años en los principales teatros de las provincias, ejecutando los papeles de primera y segunda actriz, hasta el de 1823, en cuya época pasó en clase de segunda al teatro del Príncipe, donde permaneció hasta el año de 1832, en que la pérdida de la dentadura la obligó á jubilarse. Por último, habiendo fallecido en 1833 la célebre característica señora Velasco, entró la señora Llorente á desempeñar los papeles de carácter.

Tarea impropria seria citar uno por uno los laureles que la señora Llorente ha recogido desde entonces, porque casi se cuentan por las funciones en que se ha presentado en escena. La bella naturalidad que la distinguia, su inteligencia y aplomo, tanto en los papeles serios como en los festivos, y el ningun esfuerzo con que al parecer los desempeñaba, justificaban la aceptacion merecida de que gozaba. Hasta sus últimos tiempos ha conservado la señora Llorente el goce cabal

de sus grandes facultades y las vivas simpatías del público. Su nombre está destinado á figurar entre los pocos de los actores de nuestra época que deben pasar á la posteridad.

GEROGLIFICO.

